

Mis encuentros con Gustavo Gutiérrez

[Documentos]

Juan José Tamayo¹

Recepción: 28/02/25
Aprobación: 06/03/25

Citar como:

Tamayo, J. J. (2025). Mis encuentros con Gustavo Gutiérrez. *Revista Albertus Magnus*, 16(1), 134-146. <https://doi.org/10.15332/25005413.10937>



Figura 1

Gutiérrez y Tamayo, dos generaciones de la teología de la liberación



Archivo del autor.

¹ Director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones "Ignacio Ellacuría". Universidad Carlos III de Madrid. Correo electrónico: juanjotamayo@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4369-5044>

Mis encuentros con Gustavo Gutiérrez

Numerosos fueron los encuentros que mantuve con Gustavo Gutiérrez, todos ellos caracterizados por la amistad, la sintonía, la pasión común por la teología en su dimensión liberadora, en la que me introdujo en mi época de estudiante, y la admiración por su coherencia entre su modo de pensar y de vivir y, más en concreto, entre “vivir y pensar el Dios de los pobres”, título del libro póstumo que aparecerá en breve.

El primero fue en 1972 en el Encuentro de El Escorial, organizado por el Instituto Fe y Secularidad. Fue la presentación pública y el reconocimiento de la teología de la liberación en España, que tuvo lugar de manera semiclandestina, ya que seguíamos bajo la dictadura que en esos años radicalizó la persecución contra los movimientos cristianos progresistas. Estábamos en la última etapa del franquismo. Ese mismo año apareció la edición de su libro *Teología de la liberación. Perspectivas* en la editorial Sigueme (Gutiérrez, 1972) (un año antes se había publicado en Lima). Durante los años siguientes, seguí en contacto con él a través de la lectura de sus libros, que tanto influyeron en mis primeros pasos teológicos.

Nos encontramos de nuevo en 1983 cuando le invitamos a participar en el III Congreso de Teología sobre *Los cristianos y la paz*, convocado por la Asociación Juan XXIII. La expectación era enorme. El público asistente lo conformaban más de mil personas. Su conferencia fue rubricada con la gente en pie con uno de los aplausos más prolongados y efusivos que he conocido. En esos años el Vaticano estaba llevando a cabo una investigación (un proceso en toda regla, mejor) sobre su teología bajo la sospecha de “heterodoxia”, que no terminó en condena.

Durante la década de los ochenta del siglo pasado mantuvimos varios encuentros mientras escribía el libro *En busca de los pobres de Jesucristo. El pensamiento de Bartolomé de Las Casas* (Gutiérrez, 1993). En uno de esos encuentros, creo que en la casa de Casiano Floristán con Luis Maldonado, Enrique Dussel y otros colegas, recuerdo que le pregunté si mi profesor de los años del seminario menor de Palencia don Luis Fernando Crespo trabajaba con él en la Pontificia Universidad Católica de Perú. Al responderme afirmativamente, le pedí que le transmitiera mi saludo.

Durante mis frecuentes viajes a Perú a lo largo de las dos últimas décadas tuvimos ocasión de vernos varias veces. Recuerdo la comida que mantuvimos en 2000 en la casa de la teóloga Adelaida Sueiro y la invitación a dictar una conferencia en el Instituto Bartolomé de Las Casas.

Pero el encuentro que me resultó más gratificante fue el que mantuvimos en Lima en junio de 2018. Lo llamé para comunicarle que me encontraba allí y le dije que me gustaría verlo. En apenas dos horas, se acercó a la Casa Residencia de San José, del barrio Pueblo Libre, donde me encontraba hospedado. Allí mantuvimos un prolongado y amical diálogo en el que compartimos ideas y experiencias comunes de nuestro largo itinerario teológico y pude comprobar su gran lucidez y extrema cordialidad. Le felicité por sus noventa años, que iba a cumplir en junio y le mostré mi pesar por no poder acompañarlo en efeméride tan memorable, ya que tenía que viajar a otros países de América Latina.

Le conté que mi itinerario teológico comenzó a principios de la década de los setenta del siglo pasado con la lectura de su libro *Teología de la liberación. Perspectivas*, que me ayudó a pasar del paradigma de la teología moderna, en el que estaba cómodamente instalado, al de la teología de la liberación, que vengo cultivando desde entonces.

El libro de Gustavo ejerció una influencia decisiva en mi tesis doctoral, titulada *Historia, teología y pedagogía de la JOC española*, que inicié en 1972 y defendí el 6 de junio de 1976 en la Universidad Pontificia de Salamanca, con un tribunal presidido por el teólogo Miguel Benzo. Fue dirigida por nuestro amigo común y mi maestro el teólogo y pastoralista Casiano Floristán (1926-2006), de quien en el encuentro de Lima Gustavo me hizo un elogioso reconocimiento personal e intelectual. En el libro-homenaje a Casiano Floristán, *Cristianismo y liberación* (Tamayo Acosta, 1996), con motivo de sus setenta años, que dirigí y publiqué en 1996 en la editorial Trotta, le pedí a Gustavo una colaboración y escribió un magnífico artículo sobre “Evangelización y profecía en el siglo XVI”.

Casiano y Gustavo eran amigos entrañables desde la época del Concilio Vaticano II y compartieron numerosos encuentros teológico-pastorales, amén de las reuniones anuales en la *Revista Internacional de Teología Concilium* durante las dos décadas en las que formaron parte del Consejo de Dirección, junto con otros colegas como Hans Küng, Johan Baptist Metz, Jürgen Moltmann, Karl Rahner, Aloysius Pieris, Edward Schillebeeckx, Elisabeth Schüssler Fiorenza, Mary Mananzan, Leonardo Boff, Marie-Dominique Chenu, Christian Duquoc....

Medellín: del paradigma colonial al paradigma liberador

En nuestro encuentro de Lima de 2018 hablamos extensamente sobre la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Medellín (Colombia) en 1968, que supuso un cambio de paradigma en América Latina: de la Iglesia neocolonial al cristianismo liberador. Gustavo fue uno de los teólogos asistentes a dicha Conferencia con una participación muy activa en la elaboración de algunos documentos como el de la Pobreza. Me habló del clima de libertad que se vivió en Medellín, como había sucedido unos años antes durante el Concilio Vaticano II (1962-1965).

El Vaticano dio enseguida el visto bueno a los documentos, que al día siguiente de su aprobación se publicaron íntegros en un medio de comunicación colombiano. En 2018 fue el cincuenta aniversario de tan significativa efeméride y se celebraron numerosos eventos en América Latina, en los que participé y en los que recordamos el cambio de era eclesial que supuso con repercusiones políticas, culturales, económicas, sociales y religiosas beneficiosas de largo alcance. Hicimos memoria de algunos de sus principales aportes: la entrada del cristianismo latinoamericano en la mayoría de edad, un nuevo magisterio no dogmático, sino pastoral y social, la opción por los pobres, la crítica del colonialismo en su doble modalidad: el neocolonialismo y el colonialismo interno, etcétera.

Destacamos el cambio en la estructura eclesial que supuso la apuesta por las comunidades eclesiales de base consideradas “célula inicial de estructuración eclesial y foco de evangelización” y “factor primordial de promoción humana y desarrollo”:

La vivencia de la comunión a la que ha sido llamado debe encontrarla el cristiano en su “comunidad de base”, es decir, una comunidad local o ambiental, que corresponda a la realidad de un grupo homogéneo, que tenga una dimensión tal que permita el trato personal fraternal entre sus miembros” (*Pastoral de Conjunto*, n. 10).

La acción pastoral propuesta por Medellín se orientaba al fomento de dichas comunidades:

El esfuerzo pastoral de la Iglesia debe estar orientado a la transformación de esas comunidades en “familia de Dios”, comenzando por hacerse presentes en ella como fermento mediante un núcleo, aunque sea pequeño, que constituya una comunidad de fe, de esperanza y de caridad. (*Pastoral de Conjunto*, n. 10)

Medellín intentó responder a los desafíos que se le planteaban en ese momento al cristianismo latinoamericano. Y lo hizo con acierto y valentía, tras dos rigurosos análisis de la realidad en las ponencias “Visión sociográfica de América Latina”, del sociólogo brasileño Alfonso Gregory, y “Los signos de los tiempos en América Latina”, expuesta por el obispo panameño Marcos G. McGrath.

Hoy no podemos volver la vista atrás con añoranza ni quedarnos en la foto fija de hace cincuenta años. Tenemos que analizar los nuevos desafíos a los que debe responder el cristianismo liberador en América Latina y en el mundo global y mirar al futuro. Ese fue el principal objetivo de los encuentros en torno a Medellín: tomar impulso de aquella creativa Conferencia para seguir adelante en los nuevos escenarios sociopolíticos, culturales y religiosos.

Dialogando sobre José María Arguedas

En Lima hablamos del escritor peruano José María Arguedas (1911-1969), con quien Gustavo mantuvo una estrecha relación personal e intelectual. Me regaló su libro *Entre las calandrias. Un ensayo sobre José María Arguedas* en la edición de 2014 publicada por la Biblioteca Nacional del Perú, que incorpora dos textos nuevos de Gustavo: el escrito a propósito de la conmemoración del centenario del nacimiento de José María Arguedas en 2011 y su intervención con motivo de la presentación del libro *Arguedas y el Perú de hoy*, publicado en la revista *Páginas*, núm. 194 (2005). Está prologado por el poeta peruano Washington Delgado, quien hace el siguiente reconocimiento de G. Gutiérrez:

Su información bibliográfica y su sensibilidad literaria son muy altas. Es dueño de una sólida formación filosófica y teológica, puede juzgar la creación poética desde un plano acaso más elevado. No sólo posee sabiduría y buen gusto, no sólo es un humanista, es sobre todo un ser humanísimo, identificado hasta el tuétano con los pobres del Perú, de América, del mundo. Todo esto vuelve extremadamente valiosos sus juicios en los que campean tres virtudes: Sabiduría, diligencia y amor. Precisamente, las virtudes más adecuadas para analizar la obra arguediana.

Los nuevos artículos de la nueva edición son magníficos. El artículo de 2005 lo publicamos en el libro *Liberación y diálogo de todas las sangres. Homenaje a José María Arguedas*, editado por Edgardo Rodríguez Gómez en la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones, de la Universidad Carlos III de Madrid (Rodríguez Gómez, 2013). En él aparece mi texto “José María Arguedas y Gustavo Gutiérrez: una relación fecunda y liberadora”, en el que me refiero a Arguedas como uno de los intelectuales que más tempranamente y con más lucidez supo captar el carácter revolucionario del nuevo paradigma teológico en América Latina y reconoció la autoría y originalidad de su compatriota en este.

A su vez, muestro cómo Gutiérrez fue uno de los teólogos latinoamericanos que mejor entendió la denuncia de Arguedas contra la explotación de los pueblos indígenas y captó el vislumbre del Dios liberador en la narrativa del escritor peruano. En *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), Arguedas define a Gustavo como “el teólogo del Dios liberador” y lo contrapone al “cura del Dios inquisidor” de su propia novela *Todas las sangres*. A Arguedas le dedica Gustavo su obra *Teología de la liberación. Perspectivas* (Gutiérrez, 1972), que se abre con un texto de la novela citada *Todas las sangres*. El escritor peruano le confesó al teólogo que sí creía en el Dios liberador que él presentaba.

“Yo siento a Dios de otro modo”, dice Matilde, uno de los personajes de *Todas las sangres*. Quizá esta sentencia, observa Gustavo, quisiera expresar lo vivido por Arguedas: que “no sentía a Dios como los señores y los bien pensantes (‘Dios de los señores no es igual, hace sufrir sin consuelo’), sino como “Dios esperanza, Dios alegría, Dios ánimo”.

Yo le regalé mi libro *Teologías del Sur. El giro descolonizador* (Tamayo-Acosta, 2017), y le mostré las páginas dedicadas a su relación con Arguedas, que enseguida identificó con asentimiento. En él presento las teologías latinoamericanas de la liberación como parte de la genealogía del pensamiento decolonial, ya que desde su nacimiento adoptaron una actitud crítica de las ciencias sociales, las epistemologías y las hermenéuticas teológicas nort-atlánticas.

En mi libro, destaco la influencia intelectual de su compatriota José Carlos Mariátegui, en su obra pionera de la teología de la liberación, en la que define la teología como teoría crítica de la sociedad y de la iglesia, a la luz de la Palabra aceptada en la fe, animada por una intención práctica e indisolublemente unida a la praxis histórica. Idea que, como el propio Gutiérrez reconoce, se inspira en la afirmación de Mariátegui: “La facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla o crearla se identifican” (Gutiérrez, 1972, p. 34).

Gutiérrez no acepta la orientación monolítica del marxismo, sino que reconoce la pluralidad de tendencias en las que influye la perspectiva cultural y comparte con Mariátegui la necesidad de “dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano [...], misión digna de una generación nueva” (p. 130). En consecuencia, la praxis revolucionaria no puede caminar en una sola dirección,

sino que ha de contar con la participación de personas y organizaciones provenientes de diversos horizontes.

Por lo mismo, la liberación de América Latina tiene que ir más allá de la superación de la dependencia económica, social y política, y propender por una sociedad cualitativamente diferente en la que el ser humano se vea libre de toda servidumbre. Para ello Gustavo recuerda la idea de Mariátegui de no clasificar a los seres humanos en revolucionarios y conservadores, sino en imaginativos y carentes de imaginación (p. 312).

El encuentro con Gustavo en Lima fue dos horas de deliciosa conversación con una persona que rezuma lucidez, sabiduría, ejemplaridad ética y fe en el Dios que se revela y actúa en el “reverso de la historia” optando por las personas y los grupos humanos explotados y excluidos. Fue una conversación entre recuerdos pacíficamente subversivos con la liberación al fondo y constantes miradas al futuro con esperanza.

Recuerdo muy gratamente el encuentro con un grupo de investigadores del Instituto Bartolomé de Las Casas y colaboradores de Gustavo: Silvia Cáceres, Giovanna Apaza, José Luis Franco y Sandra Avellaneda. Participaron en algunas de mis conferencias, sobre todo en la de “Fundamentalismos religiosos y políticos”, que pronuncié en el Congreso de la República, invitado por las congresistas del partido político Nuevo Perú, Tania Pariona e Indira Huilca.

Figura 2

Juan José Tamayo, tras la conferencia pronunciada en el Congreso de la República de Perú, titulada “Los fundamentalismos religiosos y políticos” (Tamayo, 2018), con el teólogo José Luis Franco y las teólogas Giovanna Apaza, Silvia Cáceres y Sandra Avellaneda, del Instituto Bartolomé de Las Casas.



Fuente: Archivo del autor

Aquel encuentro de 2018 me ha dado pie para profundizar sobre su pensamiento teológico liberador.

La teología como reflexión crítica de la sociedad y de la iglesia

La teología cristiana ha sido con frecuencia una disciplina inocua en el conjunto de los saberes, beligerante frente a los avances científicos, legitimadora de los poderes establecidos, ajena a la marcha de la historia, poco sensible a los sufrimientos humanos y muro de contención de las revoluciones sociales y políticas. La teología latinoamericana de la liberación ha venido a quebrar dicha imagen, situando al cristianismo en la vanguardia de los movimientos sociales que luchan por la transformación de la sociedad de todas las opresiones, también la religiosa, y a la teología en el horizonte de la reflexión crítica sobre la praxis histórica a la luz de fe, conforme a la definición que de esta diera Gustavo Gutiérrez.

Todo comenzó con las conferencias del sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez en Chimbote (Chimbote) en 1968. A ellas asistió su compatriota el escritor y antropólogo José María Arguedas, autor de *El zorro de arriba y el zorro de abajo* y *Todas las sangres*. En un texto fechado en Santiago de Chile el 20 de agosto de 1969, Arguedas recuerda a Gutiérrez que le había leído en Lima las páginas de *Todas las sangres* en que el sacristán y cantor de San Pedro de Lahuaymarca, quemada ya su iglesia y refugiado entre los comuneros de las alturas, le replica a un cura del Dios inquisidor con argumentos muy

semejantes a los de las lúcidas y patéticas conferencias pronunciadas, hace poco, en Chimbote.

Arguedas afirma que quizá con él se cierra un ciclo y se abre otro en Perú: “Se cierra el de la calandria consoladora, del azote, del arrieraje, del odio impotente, de los fúnebres ‘alzamientos’, del temor a Dios y del predominio de ese Dios y sus protegidos, sus fabricantes”, y se abre el ciclo “de la luz y de la fuerza liberadora invencible del hombre de Vietnam, el de la calandria de fuego, el del dios liberador”.

En aquellas conferencias, Gutiérrez habló de la teología como inteligencia del compromiso. En la ya citada *Teología de la liberación. Perspectivas* (Gutiérrez, 1972), la define como crítica de la sociedad y de la Iglesia en tanto que convocadas e interpeladas por la palabra de Dios, una teoría crítica, a la luz de la palabra aceptada en la fe, animada por una intención práctica e indisolublemente unida, por consiguiente, a la praxis histórica” (pp. 34 y 38).

En cuanto tal, la entiende como

una teología liberadora, una teología de la transformación liberadora de la historia de la humanidad y, por ende, también de la porción de ella —reunida en *ecclesia*— que confiesa abiertamente a Cristo. Una teología que no se limita a pensar el mundo, sino que busca situarse como un momento del proceso a través del cual el mundo es transformado... abriéndose al don del reino de Dios. (pp. 40-41)

Una pregunta interpelante: ¿dónde dormirán los pobres?

Estamos ante una nueva manera de hacer teología que tuvo repercusiones sociales y políticas desestabilizadoras para el sistema neocolonial latinoamericano y que sigue teniéndolas hoy para el modelo de globalización neoliberal sin compasión. Gutiérrez llevó a cabo una verdadera revolución en la teología, cuyo acto primero es el compromiso con los oprimidos y la experiencia religiosa de encuentro con el Dios de los pobres, y cuyo acto segundo es la reflexión, pero no desde la neutralidad social y la asepsia doctrinal, sino desde el reverso de la historia y asumiendo la *opción ético-evangélica por los pobres*.

Los “ausentes de la historia” son para el teólogo peruano los interlocutores de la TL, que es “cada vez más consciente de sus rupturas con las teologías dominantes, conservadoras o progresistas” (Gutiérrez, 1982, p. 237). Son ellos quienes, desde su ausencia, cuestionan las estructuras socioeconómicas de los que los oprimen, e interpelan a la teología. Gutiérrez reconoce a los pobres una fuerza histórica capaz de mutar el curso de la historia en dirección a la liberación. La TL remite derechamente al compromiso de los cristianos en los movimientos de liberación.

George Bernanos afirmaba que los cristianos son capaces de instalarse cómodamente incluso bajo la cruz de Cristo. Gustavo Gutiérrez pretende corregir esa tendencia conformista y acomodaticia activando las energías utópico-liberadoras del cristianismo. Su referente teológico, cristiano intelectual y experiencial vital es Bartolomé de Las Casas, defensor de los indios sometidos a esclavitud por los conquistadores y precursor del diálogo interreligioso, de la interculturalidad y de la propia TL. Sobre él

escribió uno de los mejores estudios que conozco: *En busca de los pobres de Jesucristo. El pensamiento de Bartolomé de Las Casas* (Gutiérrez, 1992), que dedica al teólogo mártir Ignacio Ellacuría.

Las preguntas interpellantes que queman en los labios a Gustavo y golpean su conciencia tienen que ver con el lenguaje sobre Dios: ¿cómo hablar de Dios desde el sufrimiento de los inocentes?, ¿cómo hablar de Dios Padre en un mundo donde los seres humanos no son hermanos?, ¿cómo hablar de la resurrección en un mundo donde los excluidos son carne de cañón? La pregunta que siempre le ha interpelado con más radicalidad y urgencia es la que da título a uno de sus ensayos que más impacto han producido en mí: *¿Dónde dormirán los pobres?*

Las preguntas dan una idea acertada de la orientación de su teología: *no levítico-sacerdotal, sino samaritana; no de pensamiento único, sino de pensamiento crítico; en perspectiva de liberación y sensible a las nuevas esclavitudes que genera la globalización neoliberal*. En la teología de Gustavo Gutiérrez, vuelven a articularse armónicamente pensamiento y vida, teoría y praxis, rigor metodológico y talante profético, como sucediera en los misioneros, teólogos y obispos defensores de los derechos de los indios en el siglo XVI.

El teólogo peruano acostumbra a decir que él no cree en la TL, sino que esta es solo camino para mejor seguir a Jesús de Nazaret y contribuir a la liberación de los pobres. Todo un ejemplo de modestia intelectual para los teólogos europeos, que acostumbramos a dar más importancia a la teología que a la vida y que a la liberación de los excluidos y excluidas. Seguro que Gustavo estará de acuerdo con la afirmación de Pedro Casaldáliga: “Mis causas son más importantes que mi vida”. Al menos, lo demostró durante su vida nonagenaria.

Premio Príncipe de Asturias

Gustavo Gutiérrez fue el tercer teólogo que recibió el Premio Príncipe de Asturias de la Comunicación y Humanidades. El primero fue Ignacio Ellacuría, a título póstumo, en reconocimiento a la coherencia entre su trabajo intelectual como teólogo y filósofo, y su compromiso social con las mayorías populares, que le llevó al martirio el 16 de noviembre de 1989 junto con otros cinco jesuitas y dos mujeres trabajadoras domésticas.

El segundo, el cardenal Martini —junto con Umberto Eco—, arzobispo de Milán, por toda una vida dedicada a los estudios de la Biblia en diálogo con las ciencias sociales y por su permanente actitud de diálogo con los sectores no creyentes, como ha demostrado en las obras *En qué creen los que no creen*, que recoge una serie de cartas cruzadas con Umberto Eco, y *La oración de los que no creen. ¿Se puede rezar si fe?* Quizá tenía razón Ludwig Wittgenstein cuando escribía en su *Notebooks 1914-1916*: “Rezar es pensar en el sentido del mundo” (Wittgenstein, 2009).

El teólogo peruano lo recibió en 2003 en la sección de Comunicación y Humanidades junto con el periodista polaco Ryszard Kapuscinski, por su compromiso

ético con los sectores más desfavorecidos y por haber iniciado e impulsado una de las corrientes de pensamiento cristiano más vivas y dinámicas de los últimos cuarenta años, la teología de la liberación, que se inició en América Latina en la década de los sesenta y pronto se extendió por todo el Sur Global.

Teología de la liberación: con identidad propia, no sucursal de la teología europea

Gutiérrez ha dedicado su trabajo intelectual a desarrollar, fundamentar y difundir las grandes intuiciones de la TL entre los públicos más plurales, desde los universitarios, primero como consiliario nacional de la Unión de Estudiantes Católicos (UNEC) de Perú, después como profesor de Teología y Ciencias Sociales en la Universidad Católica de Lima, y luego como profesor de la Universidad de Notre Dame en Estados Unidos, hasta los sectores populares, con quienes convive y comparte experiencias de vida y sufrimiento, de esperanza y de luto.

Utilizó por primera vez, la expresión “teología de la liberación” en 1968 poco antes de la celebración de la II Conferencia General del episcopado latinoamericano y enseguida adquirió carta de ciudadanía. Su *Teología de la liberación. Perspectivas* (Gutiérrez, 1972) es, sin duda, una de las obras de mayor impacto en la teología cristiana posterior al Concilio Vaticano II. Cuenta con traducciones a numerosas lenguas y con decenas de ediciones. En 2022 apareció en la editorial Sígueme la décimo novena edición.

Ella, junto con la *Teología desde la praxis de la liberación*, del brasileño Hugo Assmann (1973), son consideradas las más representativas de la primera etapa de la teología de la liberación. Ambas, reconoció en 1974 el teólogo uruguayo Juan Luis Segundo, “constituyen las dos únicas obras de la teología de la liberación que elevan el debate a un diálogo científico y bien documentado con la teología europea”.

A estas dos hay que sumar *De la sociedad a la teología* (Segundo, 1970) y *Liberación de la teología* (Segundo, 1975) de Juan Luis Segundo y *Teologia do cautiverio e da libertação* (Petrópolis, 1975 [versión castellana: *Teología del cautiverio y de la liberación*, Ediciones Paulinas, 1978].

En *De la sociedad a la teología*, Segundo (1970) afirma que

la teología latinoamericana, como la europea, no lo será por ‘aplicar’ a América Latina la teología hecha en Europa, a la manera con que una sucursal se limita a tratar una cierta temática más concreta que la casa central. No será más auténtica aquí por dejar a los teólogos europeos el cuidado de estudiar la gracia o la Trinidad. (p. 15)

Frente a la “copia” de la teología europea o el mantenimiento del imperialismo teológico, la alternativa que propone es “una teología creadora” (pp. 15-19).

En el prólogo a su *Teología del cautiverio y de la liberación*, escrita durante la dictadura de Brasil y de otros países latinoamericanos, Leonardo Boff creía preciso “en una situación general de cautividad pensar y trabajar de una forma liberadora”. Lo que significaba “sembrar, preparar el terreno, mantener firme la esperanza, consolar a las

víctimas, disminuir los dolores y luchar en favor de los derechos humanos violados” (Segundo, 1978, p. 10).

En régimen de cautiverio, junto con el de la liberación, Boff cree necesario un nuevo modo de ser Iglesia: “una verdadera eclesiogénesis, no explicitada todavía teológicamente..., una Iglesia real que nace del pueblo” (p. 11). Será él mismo quien unos años después desarrollará teológicamente esta idea en varios libros, entre los que cabe citar: *Eclesiogénesis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia* (Gutiérrez, 1979) e *Y la Iglesia se hizo pueblo. “Eclesiogénesis”. La Iglesia que nace de la fe del pueblo* (Gutiérrez, 1986).

La TL, “a pesar de ser contextual y por eso mismo relativa y limitada, encierra una pretensión de universalidad”. La TL tiene una ubicación contextual y una tarea universal. “Si prescindiera de ello, correría el peligro de que ese Dios en que cree reflexionar no pasaría de ser la imagen del Dios proyectado por la ideología dominante de la clase dominante, pero no el Dios vivo y verdadero del Jesucristo y de Abraham, Isaac, Jacob y de todos los profetas” (Segundo, 1978, p. 6).

A partir de estas obras, la teología en América Latina deja de ser sucursal o remedio de la llevada a cabo en Europa, como lo había sido desde la conquista, con honrosas excepciones, para convertirse en la primera gran corriente de pensamiento cristiano crítico-liberador nacida en el Sur Global con señas de identidad y estatuto metodológico propios.

No en vano la TL se considera una nueva manera de hacer teología. Una teología que pretende armonizar la dimensión crítico-profética de la fe y el rigor metodológico que le corresponde a esa disciplina. Una teología en la que vuelve a escucharse el grito de los pobres con la misma fuerza y pasión que en el Éxodo de los hebreos, en los profetas de Israel, en Jesús de Nazaret, el Cristo liberador, y en Bartolomé de Las Casas, defensor de los indios.

Es esta una teología con entrañas de compasión, que no pasa de largo ante el sufrimiento de los seres humanos, como el levita y el sacerdote de la parábola del Buen Samaritano, sino que los levanta de su postración y los rehabilita corporal y anímicamente.

Ni Gutiérrez ni la teología que él cultiva pretenden hurtar el protagonismo a los pobres y oprimidos en el proceso de liberación. Su objetivo es devolverles la palabra, contribuir a que recuperen su protagonismo en la comunidad de creyentes y en la construcción de una sociedad más justa, fraterna y sororal, y ayudarles a descubrir su “fuerza histórica”, como reconoce el propio teólogo peruano en uno de sus libros ya citado que lleva precisamente ese título: *La fuerza histórica de los pobres*.

En contra de lo que algunos creen, la TL tiene muy poco de ingenua. Utiliza las mediaciones sociales y políticas a la hora de buscar los cauces para construir un modelo alternativo de sociedad y el paradigma de la Iglesia de los pobres. La salvación cristiana es salvación integral y no se queda en la esfera espiritualista, sino que pasa necesariamente por la liberación de todas las opresiones: socioeconómicas, culturales,

étnicas, de género, y también por la liberación de la opresión religiosa, tan fuerte en América Latina desde la época de la conquista en la que fueron cómplice de dicha opresión la religión y la política.

Gustavo sabía muy bien que el Evangelio no ofrece instrumentos de análisis ni estrategias de cambio. Por eso recurrió constantemente a la mediación de las ciencias sociales para un mejor conocimiento de la realidad y de los mecanismos destructivos de la vida que en ella operan, y para la búsqueda de alternativas.

La TL no es obra de una sola persona, ni de una tendencia, como reconoce el mismo Gustavo. Es fruto de la convergencia de una serie de factores internos y externos:

- la toma de conciencia del tercer mundo como sujeto y protagonista de su propia historia;
- la teoría de la dependencia elaborada por un grupo de economistas y sociólogos latinoamericanos;
- los movimientos de liberación que se desarrollaban por entonces en América Latina
- La presencia de muchos cristianos y cristianas a nivel personal y colectivo en dichos como despliegue y verificación de la experiencia religiosa;
- las comunidades eclesiales de base;
- la pedagogía del oprimido de Paulo Freire y su paso de la conciencia pasiva a la conciencia activa, crítica y revolucionaria; el fenómeno de las comunidades eclesiales de base como lugar de encuentro de las mayorías populares y los colectivos cristianos;
- la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Medellín en 1968, donde la Iglesia latinoamericana pasó de un cristianismo primero colonial y después desarrollista a un cristianismo liberador.

Pero sí importante y decisiva es la aportación de Gustavo Gutiérrez al nacimiento y desarrollo de esta nueva forma de hacer teología, no lo es menos su testimonio de vida y su aliento al compromiso de los cristianos y de las cristianas y a la vivencia de una experiencia religiosa de encuentro con el Dios de los pobres. Las preguntas que golpean su conciencia, como ya vimos, nada tienen que ver con las interminables cuestiones “bizantinas” en las que otrora se enredara la teología. Son preguntas existenciales, vitales diría mejor, que tienen que ver con la vida de las personas y los colectivos excluidos y empobrecidos.

¿Es posible seguir haciendo teología?

Tras la tragedia de la Segunda Guerra Mundial y el mal absoluto que fue el nazismo, el filósofo de la Escuela de Frankfurt, Theodor Adorno (1903-1969), osó

afirmar: “No se puede escribir poesía después de Auschwitz”. A finales de la década de los setenta del siglo pasado, Gustavo se hacía estas preguntas:

“¿Tiene sentido seguir haciendo teología en un mundo de miseria y opresión? ¿La tarea de hoy no es más de orden social y político, de acciones y estudios en este campo? ¿Se justifica dedicarle tiempo y energía a la construcción laboriosa de una inteligencia de la fe en las condiciones de urgencia en que se vive en América Latina? ¿No estaremos dejándonos llevar más por la inercia de nuestra formación teológica que por las necesidades reales de la fe de un pueblo que lucha por su liberación?” (Gutiérrez, 1982, p. 122).

El teólogo peruano dio desde entonces respuesta a estas preguntas con su siempre lucidez intelectual, su teoría crítica del cristianismo en busca de los pobres de Jesucristo, su compromiso por la justicia y la liberación, la ejemplaridad de su vida nonagenaria, la sensibilidad y la respuesta hacia los nuevos desafíos y el rigor metodológico. Así lo demostró en su libro *De Medellín a Aparecida. Artículos reunidos. A 50 años de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín* (Gutiérrez, 2018) y ha vuelto a demostrarlo en su libro póstumo *Vivir y pensar el Dios de los pobres*, que estoy deseando leer con el mismo interés con que leí el libro fundador de la nueva corriente latinoamericana: *Teología de la liberación. Perspectivas* (Gutiérrez, 1972), hace más de cincuenta años.

Referencias

- Arguedas, J. (1971). *El zorro de arriba y el zorro de abajo y todas las sangres*. Horizonte.
- Assmann, H. (1973). *Teología desde la praxis de la liberación*. Ediciones Sigueme.
- Boff, L. (1979). *Eclesiogénesis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia*. Sal Terrae.
- Boff, L. (1986). *Y la Iglesia se hizo pueblo. “Eclesiogénesis”. La Iglesia que nace de la fe del pueblo*. Sal Terrae.
- Boff, L. (1975). *Teología del cautiverio y de la liberación*. Ediciones Paulinas.
- Gutiérrez, G. (1968). *Hacia una teología de la liberación* [conferencia]. II Encuentro Nacional de Sacerdotes y Laicos, Chimbote, Perú.
- Gutiérrez, G. (1972). *Teología de la liberación. Perspectivas*. Ediciones Sigueme.
- Gutiérrez, G. (1982). *La fuerza histórica de los pobres*. Ediciones Sigueme.
- Gutiérrez, G. (1992). *En busca de los pobres de Jesucristo. El pensamiento de Bartolomé de Las Casas*. Ediciones Sigueme.
- Gutiérrez, G. (2018). *De Medellín a Aparecida. Artículos reunidos. A 50 años de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín*. Centro de Estudios Peruanos [CEP].
- Gutiérrez, G. (s. f.). *Vivir y pensar el Dios de los pobres*. [Libro inédito].
- Rodríguez Gómez, E. (Ed.). (2013). *Liberación y diálogo de todas las sangres. Homenaje a José María Arguedas*. Dykinson.
- Segundo, J. L. (1970). *De la sociedad a la teología*. Carlos Lohlé.
- Segundo, J. L. (1975). *Liberación de la teología*. Carlos Lohlé.

- Segundo, J. L. (1978). *Teología del cautiverio y de la liberación*. Ediciones Paulinas.
- Tamayo, J. J. (2018, mayo). *Los fundamentalismos religiosos y políticos* [conferencia]. Congreso de la República del Perú, Lima, Perú.
- Tamayo-Acosta, J. J. (Ed.). (1996). *Cristianismo y liberación. Homenaje a Casiano Floristán*. Editorial Trotta.
- Wittgenstein, L. (2009). *Notebooks 1914-1916*. Síntesis.